



CAPÍTULO VI

Desaciertos políticos sobrehumanos

Algunos antecedentes

¡Cada paso era una caída! El señor Limantour entró en la Secretaría de Hacienda, en calidad de austero e inflexible moralizador de una burocracia corrompida. México es un país burocrático, el cuerpo electoral es burócrata, los políticos son burócratas, y no era posible como moralizador enérgico, disgustar a los corruptos y al mismo tiempo halagarlos con inmoralidades de político jefe de corruptos. Un Secretario de Hacienda, no puede ser jefe de partido personalista, sin ser un canalla y desquiciar la hacienda pública. El señor Limantour cometió ese primer error, aceptando en octubre de 1893 ser jefe de los “científicos.”

El primer acto de ese grupo, fué iniciar la reforma constitucional para establecer en México la inamovilidad de los magistrados de la Suprema Corte Federal, con lo que se amputaba a la Dictadura desde el ombligo para arriba. El general Díaz aceptó la iniciativa, por desconocer sus efectos, pero cuando le fueron explicados, consideró, instigado por el Ministro Baranda, que los “científicos” eran desleales conspiradores contra su poder y reelección. Dio su consentimiento para la organización de una prensa de injurias contra los “científicos,” y para organizar una cuadrilla de sicarios que los condujese al duelo y a la riña, desamparándolos

los tribunales. El señor Limantour declaró entonces, que no le agradaba la política, que no era político; y no obstante haber embarcado en su balandra a sus amigos, ningún esfuerzo hizo para defenderlos cuando le dijeron que sus vidas, haciendas, honor y tranquilidad de sus familiares estaban amenazados. La conducta censurable del señor Limantour, deshizo para siempre al grupo "científico," que era un grupo noble de principios; habiendo probado el señor Limantour que no había nacido para jefe de partido, facción, grupo o cosa alguna en que fuera necesario sacrificar algo de su colossal egoísmo.

A principios de 1899, al general Díaz le inquietó la popularidad del general Reyes, a quien la opinión pública, con sumo agrado, consideraba el taumaturgo del porvenir. Para dividir a la burocracia y desenmascarar al general Reyes, declaró el Príncipe al señor Limantour, que estaba resuelto a dejar la Presidencia, y que quería que él fuera su sucesor. El elegido no debió haber aceptado, porque la falsedad del ofrecimiento la mostraba la historia: jamás un dictador plebeyo, se ha retirado voluntariamente del poder. Sin embargo, en virtud de la ignorancia de los políticos profesionales, la burocracia tomó a lo serio lo que debió haber tomado con indiferencia o desprecio. Al aparecer el señor Limantour como candidato a la Presidencia, impuesto al país por omnipotente mano de hierro, se le acercaron: el elemento joven, el viejo, el algo sano, el completamente podrido, el valioso, el nulo. A todos se les cerró la puerta, hasta a los mismos "científicos." El señor Limantour fundaba la estúpida política del "Carro Completo," que no podía tener más ideal que el de un Rasputín, ni otra marcha que la del peligro, ni otro final que la revolución.

Un candidato, que en cualquiera parte del mundo hace política de "Carro Completo," cava su sepultura en el odio público y en el privado de cada burócrata en país burocrático.

Aceptado por la ambición candorosa del señor Li-

mantour ser el mingo enlodado de una grotesca intriga de saltimbanqueo político, aceptó una misión humillante, como fué ir a Monterrey con objeto de adquirir la respetable y decisiva opinión del general Reyes sobre el asunto. El general Díaz quería tomar el pelo a su procónsul, con la mano cadavérica de su Vicario. Si el general Reyes ponía el más insignificante obstáculo a la Presidencia del señor Limantour, descubriría su propia ambición, obligando al César a que obrase según ya sabía el general Reyes, cómo obraba el Caudillo contra los ambiciosos rivales. El gobernador de Nuevo León, obró con tino y manifestó que como siempre, haría lo que fuera agradable al "Eterno," y que en lo privado, grata le era la designación.

Tan pronto como llegó a oídos del Ministro Baranda la infiusta nueva de que el general Díaz estaba resuelto a colocar en la Presidencia al señor Limantour, sufrió conmoción de sentenciado a muerte, y apelando a su escasa virilidad, expuso al César que el señor Limantour no podía ser Presidente de la República porque, conforme a la Constitución, no era mexicano de nacimiento.

El general Díaz, que nunca había leído la Constitución, no obstante haber luchado por su triunfo en los campos de batalla, encontró deliciosa la observación de Baranda, sin dárselo a conocer, y le recomendó que reconsiderara el asunto.

A principios de 1899, la salud del señor Limantour, quebrantada por enfermedad crónica desconocida, ofrecía su sepelio antes de un año, según la opinión del doctor Licéaga, médico de la casa presidencial. De manera que el César, a sabiendas había escogido a un moribundo en el umbral de su cripta, para que fuera electo Presidente un año después de su propia muerte. La intriga era tosca, macabra y pérvida. El general Díaz estaba asegurado contra el cumplimiento de la palabra que había dado a su Vicario, quien extranjero, según el Ministro Baranda, o muerto, según opinión facultativa, no podía exigir lo que en ningún caso

se le había de dar. El general Díaz, para mejor desviar la atención de la personalidad retumbante de Reyes y fijar la de Limantour, tuvo larga conferencia con don Carlos Barona, cubano y gerente del banco Nacional. El hombre de guerra, para convencer de su desinterés al hombre de cifras, lloró, y el hombre de cifras, fundido por aquella ternura de horno eléctrico, lloró también, aunque concisamente, en forma de pagaré a corto plazo. Esa conferencia de lágrimas llegó al conocimiento del Comercio, la Agricultura la Banca y la Industria, causando satisfacción; lo que no esperaba el César que sucediera.

El señor Limantour hizo su viaje a Monterrey, y quedó hechizado de Reyes, todo corazón, abnegación, patriotismo. Una nueva era de flores, dianas, bayonetas, despotismo paternal, cálculos fiscales y biliares, carmañolas y estadísticas, reservas del Tesoro y reservistas del ejército, se abría para el desgraciado país que tanto había sufrido. Fué necesario celebrar un pacto, que se llamó el "pacto de Monterrey;" el general Reyes se comprometió a cesar su espada, a desenvainarla, a colocarla como asiento algo incómodo del señor Limantour, quien, en cambio, confiaría a su Agripa la cartera de Guerra y el inevitable cuartelazo.

El señor Limantour, como secretario particular sin sueldo, del licenciado Romero Rubio, conoció la deslealtad con que el general Reyes había correspondido a un hombre a quien debía su elevación. Celebrar un pacto con tal hombre, desacreditaba las facultades políticas del señor Limantour. Jamás, en la historia de México, el Presidente había confiado a un militar presidenciable la cartera de Guerra, más que cuando estaba decidido a que fuera su sucesor. El general Reyes, desde 1896, había revelado toda su ambición, hasta a sus caballos. Su traición al sencillo Limantour quedaba, pues, estipulada en el pacto de Monterrey. El buen hombre financiero, se mecía entre la perfidia del César y la del procónsul favorito, y obligaba a sus amigos no preocupados, a huir de un político delicuente.

Después de la celebración del pacto del inevitable cuartelazo, el señor Limantour se dirigió a Europa para atender a su salud e intentar la conversión de la deuda pública. Hubo cartero caliente entre el César y su Vicario, reconfirmando la promesa del primero, de soltar la Presidencia al segundo; pero el general Díaz se encontraba cada semana más desconcertado; el moribundo mejoraba e iba recobrando toda la salud perdida, y aun mucha más. Tan grave se consideró el funesto acontecimiento, que en los momentos en que el señor Limantour participaba su milagroso restablecimiento, el Partido Nacional Porfirista, lanzó la candidatura Díaz para la quinta reelección. (Octubre 1899.)

Limantour, como todo el mundo, sabía que el Partido Nacional Porfirista no era más que la lacayería del César, y que quien se postulaba era el mismo general Díaz. Todos los "científicos," comprendido el subsecretario de Hacienda, creyeron que el señor Limantour contestaría con su renuncia. ¡Vana esperanza, el Ministro burlado aguantó el latigazo, probando que sólo con el *saca-ministros*, más eficaz que el *saca-muelas*, dejaría la cartera! El César, temiendo que la ofensa hiciera renunciar a su Vicario, le dijo que había creído conveniente, por "exigencias políticas" reveladas por la nación, aceptar su candidatura, pero que una vez reelecto, duraría tres o cuatro meses en el cargo y pediría al Congreso licencia por tiempo indefinido, ordenando que el señor Limantour fuera nombrado Presidente interino.

El general Berriozábal, Secretario de Guerra, falleció en enero de 1900. El señor Limantour, no obstante los trabajos de Pineda para que no cometiera la torpeza de traer a la capital a Reyes, hizo que el gobernador de Nuevo León, fuera llamado a la Secretaría de Guerra, por el Príncipe, otro demente que desconfiaba hasta de su sombra y hacía lo que el más confiado rehusaba hacer. El Ministro Baranda, fué sacrificado y se le pidió su renuncia en septiembre de 1900.

El señor Baranda solicitó esperas, lo que era inusita-

do en teoría y práctica políticas, con el objeto de dejar arreglados sus negocios en Campeche y de que su hijo don Joaquín, presentara examen profesional de abogado, antes que sus enemigos, al verlo caído, se le viniesen encima en compañía del 90% de sus amigos.

El señor Limantour, como candidato a la Presidencia de la República por disposición gubernativa, no hacía la felicidad de la gran mayoría de los "científicos." En un banquete de "científicos," en el Tívoli del Eliseo, se trató sobre el gabinete que formaría el señor Limantour al hacerse cargo de la Presidencia, y uno de los más connotados, dijo: "Yo ya lo sé, y también cómo se formará todo el gobierno. La Secretaría de Hacienda, Justicia, Guerra e Instrucción Pública, estarán a cargo de don Pablo Macedo, y las otras cuatro, bajo la dirección del señor Casasús. Serán gobernadores de trece y medio Estados, los clientes más ricos del bufete del señor Casasús, y de los Estados restantes los más poderosos plutócratas clientes del bufete del señor Macedo. La Suprema Corte Federal, se dividirá en dos lotes de magistrados: uno, compuesto por los barriletes del bufete Casasús, y otro, por los del bufete Macedo. Igualmente se dividirán los bancos, las industrias, la agricultura y el contratismo, quedando todo a beneficio de los mismos agraciados y de la casa Scherer-Limantour." Un aplauso cerrado acogió las palabras del informante, y quedó esta impresión en los concurrentes: estamos haciendo a burros.

El año de 1910 apareció en la ciudad de México, un periódico tirado en Puebla, intitulado *La Verdad*, que con gran energía atacaba al rasputinismo establecido en México por el señor Limantour. El señor Prida, en su libro "De la Dictadura a la Anarquía," declara lo que es verdad, y que todos los "científicos" no rasputinistas sabían, que él era el director de esa terrible publicación, leída y aplaudida en el despacho del señor Pineda por todo el alto corralismo, y con el consentimiento y risa del dueño del bufete. No comprendo por qué a los reyistas se les censura lo que

hacía la mayoría de los "científicos:" ser enemigos mortales del rasputinismo, y estar resueltos a no consentirlo en la administración del señor Corral. El general Reyes y sus amigos, tenían razón de repudiar con indignación una liga con personas que habían perdido su gran talento, creyendo que el país iba a ser suyo, y que el general Díaz o el general Reyes aceptarían servirles como matones de oficio a sueldo miserable, para que ellos disfrutasesen de perpetua tranquilidad y explotación de todos los negocios. Lo censurable en el general Reyes, fué, no haber procedido como debía, hablando claro, tal cual habló por la prensa más tarde, diciendo que no se había ligado con el señor Limantour para que él y sus dos o tres favoritos explotasen al país en su exclusivo beneficio. El señor Limantour se ha defendido, alegando que su conducta era legal. Es cierto, pero cuando una persona hace las leyes que le agradan y convienen a sus intereses personales, el robo deja de tener carácter judicial, sin perder el moral. Además, con la legislación mexicana ya establecida, se podía despojar al país de todas sus riquezas, sin incurrir en responsabilidad. Lo único que pudo alegar bien el señor Limantour, era, que su sistema Rasputín se sostenía moderado y compatible con una buena administración, que había caballerizas de Augias en estado poco pestilente, y mejores que las establecidas en toda la América, y que, en consecuencia, el gobierno no merecía la revolución.

Si el general Reyes, al hacerse cargo de la Secretaría de Guerra, se hubiese mostrado tal como lo pintaban los periódicos de Nuevo León, todos los "científicos," excepto los del "Carro Completo" y el señor Pineda, se habrían convertido en reyistas. De éstos, los que creyeron que el general Díaz cumpliría su promesa de hacer Presidente en 1900 al señor Limantour, recibieron la noticia con espanto y veían con agrado todos los esfuerzos de los reyistas para evitarle tan gran calamidad a la nación. De ese grupo de "científicos," enemigos de la política del "Carro Completo,"

no hubo siquiera uno que levantara la voz en la prensa, ni en la tribuna o en lo privado, para defender al señor Limantour; lo estimaban como a buen financiero, moralizador de la administración pública, pero deploaban que fuera el gran desmoralizador de la sociedad. Ya el licenciado Pineda, al observar la conducta del señor Limantour, afirmaba en voz muy alta que la peor desgracia que podía afligir al país era que el mal llamado jefe de los "científicos," llegara a ser Presidente de la República. El licenciado Prida vive aún, como la mayor parte de los empleados y concurrentes al bufete del señor Pineda, y creo que estarán dispuestos en caso necesario a presentarse como testigos de mi leal decir.

Nada es más falso en nuestra historia política, que el que los "científicos" persiguiesen, desde su aparición en 1893 y hasta 1904 o 1910, llevar a la Presidencia al señor Limantour, que, como político, les causaba horror o vergüenza, tal vez más que a los reyistas.

* *

La ola de perfidia

Tengo dicho que el general Díaz, temiendo que el señor Limantour tuviese dignidad de hombre público, y temiendo perderlo, resolvió neutralizar los efectos de su falta de palabra, que debía ser siempre de honor; ofreció al agraciado que le cedería la Presidencia, haciéndolo nombrar por el Congreso, Presidente interino, mientras él permanecería retirado de su cargo, con licencia indefinida, la que sería pedida tres a cuatro meses después de haber comenzado su nuevo período presidencial.

El Caudillo tomó posesión nueva, el 1º de diciembre de 1900; pasaron los cuatro meses, y no cumplía su palabra; pasó todo el año de 1901, y tampoco; pasaron los primeros nueve meses de 1902, y nada del asunto. Limantour, de lívido, se había transformado en

verdoso, y con su silencio de culebra de circo empaquetada en una caja, demandaba el cumplimiento de lo arreglado.

Hagamos la hipótesis de que el señor Limantour no hubiera sido hombre licuado por afecciones mentales, y que hubiese conservado la dignidad política de un portero de la Cámara, su discurso a sí mismo debió ser, al cumplirse los cuatro meses del dramático plazo: "Si el general Díaz no cumplió, cuando debió hacerlo, jamás cumplirá. ¿Me conviene arrojar la cartera sobre su ofensivo proceder? ¿Sí? entonces, inmediatamente presentaré renuncia irrevocable y marcharé a Europa a disfrutar de mi colosal fortuna y exquisita civilización. ¿No me conviene renunciar? Entonces voy a manifestar al general Díaz, que lo relevo del cumplimiento de su palabra, porque he llegado a la conclusión de que nosoy apto para la política mexicana y de que estoy resuelto a renunciar la Secretaría de Hacienda, si se me exige que desempeñe cualquier papel político." Estando el señor Limantour completamente licuado, esperaba que el César le dijera una mañana de buen sol: "Hombre, se me había olvidado entregar a usted un laxante y la Presidencia de la República, tome ambas cosas, y dispense."

El general Díaz, se hallaba desazonado por su avidez de perpetuidad. En 1903, debían comenzar los trabajos para su sexta reelección ¿qué hacer con los "científicos"? El general Díaz, que estaba muy avanzado en materia de licuación cerebral, creía que a los "científicos" que no formaban en el "Carro Completo," les atormentaba que el señor Limantour no fuera Presidente. ¿Qué hacer con Limantour? Al fin y al cabo, un hombre se cansa de recibir bofetadas, y si no las contesta, huye. Entonces, discurrió lo que discurriría un cocodrilo impuesto a una república centroamericana. Declaró el César a determinados amigos, que estaba resuelto a entregar la Presidencia al señor Limantour, con lo cual el Partido Nacional Porfirista se alarmó, lo que prueba la calidad mental de la desprestigiada asociación, la

que nombró comisionados para que se acercaran al demiurgo, rogándole que hiciera el sacrificio de continuar en el poder. El César, dijo a los comisionados que estaba resuelto a cumplir su palabra empeñada a Limantour; pero que sólo en el caso de que se levantara en el país una “*ola de agitación*” contra el señor Limantour, se vería obligado a no cumplir su palabra, porque ante todo y sobre todo, la patria. Los comisionados, cortesanos perfectos, entendieron que se les pedía una “*ola de agitación*” de pestífero cieno, y por de pronto lanzaron al público un libelo periodístico de lenguaje meretricio, denominado “La Protesta.”

Voy a marcar todo lo desatinado del plan del inmenso taumaturgo para obligar a su Vicario a que, en vista de la “*ola de agitación*” que lo salpicaba de podredumbre de hospital, de él saliera, creyendo que la ola salía del país, relevar al Presidente del cumplimiento de su palabra.

¿Quería el César conservar al señor Limantour de Secretario de Hacienda, o despedirlo? Indudablemente que quería a toda costa conservarlo, porque siendo la artillería gruesa del ataque, que Limantour no podía ser Presidente por no ser mexicano de nacimiento, como hijo de padres franceses, tampoco podía ser Secretario de Hacienda. Si la campaña patriótica no hubiera sido una farsa dirigida en la oscuridad por el general Díaz, el ataque leal se habría dirigido a negar al señor Limantour la posibilidad constitucional de ser Presidente y de ser Ministro, puesto que la ley suprema exigía a los Secretarios del Despacho, el mismo requisito que al Presidente de la República: la ciudadanía por nacimiento. Esa omisión de un hecho que todo el mundo conocía y que era decisivo para los enemigos de Limantour, que tampoco pudiera ser Ministro, es la primera prueba plena de que la “*ola de agitación*” era “*ola de perfidia*” que salía de la calle de Cadena.

Debo repetir, que todos los habitantes de México, no identificados con los batracios, sabían que en Mé-

xico sólo era posible la campaña de prensa, autorizada por el general Díaz, expresamente, o por consentimiento tácito, realizado con sonrisas y coqueteo de aprobación. Era seguro que, por falta de vergüenza que tuviera el agraviado, no soportaría lo que nunca había soportado en la América latina, ni tal vez en Turquía, un ministro: que el soberano ordenase la más soez de las campañas, a cara descubierta, contra el mejor de sus servidores, permitiendo que se le ensuciara hasta en la vida privada. No creo que el general Díaz viera lo que ningún taumaturgo en su hora más feliz hubiera podido ver: que el señor Limantour soportaría la afrenta excepcional, única en la historia de las afrentas, porque el Caudillo nunca fué taumaturgo en realidad, ni profundo conocedor de los hombres ni de las cosas. En 1902, el general Díaz estaba tan decaído e inservible para el gobierno personal, que era capaz de creer que la nación ignoraba que no era posible hacer campaña de prensa en México, sin su permiso; y que Limantour y los "científicos," tomaban a lo serio que la "ola de agitación" salía del país.

Debo exponer, que en 1902 el señor Limantour era Secretario de Hacienda irreprochable, sin más tacha que sus inclinaciones rasputinistas, que el país aun no había notado. Por otra parte, al país no le importaba que el señor Limantour no fuera mexicano de nacimiento, sino naturalizado; y pruebo esta afirmación, con un hecho abrumador. Exactamente en el mismo caso se encontraba el general don Bernardo Reyes, hijo de un nicaragüense, y el señor Dehesa, hijo de español. Los "científicos" probaron con la fe de bautismo del general Reyes, que no era ciudadano mexicano por nacimiento. Y dieron la mayor publicidad al hecho, el año de 1904. Nadie lo impugnó, y sin embargo, la popularidad del general Reyes apareció inmensa en 1909, y nadie hizo caso de que la prensa "científica," más que nunca, lo tachara de extranjero.

Viendo los autores de la campaña de 1902, la frialdad del público ante la patriotería fastidiosa de los

agitadores, apelaron a un recurso terrible: declarar ladrones públicos a los "científicos." Si éstos hubieran querido defenderse, el general Díaz no lo habría consentido, pues su defensa arruinaba la reputación de probo del Presidente, haciendo notar que si la administración pública había sido sentina, el hecho tuvo lugar de 1882 a 1893, y que el señor don Matías Romero había sido llamado a la Secretaría de Hacienda, porque el barco, para hundirse, ya no hacía agua, sino pus.

Al autorizar el César la deshonra de los "científicos," no notó que era la suya personal, y la de su administración. La opinión pública preguntaba: ¿Sabe o no sabe el general Díaz, que Limantour es el jefe de una banda de ladrones? ¿Sí? ¿Por qué no los expulsa del gobierno, por qué no los castiga, por qué no limpia al gobierno del chorro de semejante atarjea? ¿Había ignorado, o ignoraba que los "científicos" constituyan banda de ladrones? Entonces, no servía para gobernar. Un Presidente que deja robar de manera escandalosa, no obstante que diecisiete años sus amigos y el país entero, le están señalando a los ladrones, semejante incapacidad en un gobernante, lo nulificaba para seguir ocupando un cargo que tan mal servía. ¿Sabía el general Díaz la existencia y proezas de la banda de ladrones, y los conservaba en su gobierno? En ese caso, el Presidente se denunciaba a sí mismo como el verdadero capitán de la cuadrilla de forajidos, recibiendo la parte del león que le correspondía.

Había algo de peor. Los *científicos* del "Carro Completo," eran muy ricos, y algo, algunos de los que no pertenecían al "Carro;" podían ir al extranjero, y como conociedores a fondo de todos los secretos del porfirismo, abrir campaña en la prensa de los Estados Unidos y Europa, y barrer con el demiurgo en seis meses, desengañando por completo a Tolstoi, a Carnegie, a Root, a la Emperatriz de China, y a todos sus grandes admiradores.

Se me dirá que yo en páginas anteriores he dicho

que el general Díaz, como Napoleón I, explotaba las pasiones rastreras de sus funcionarios.

El notable sociólogo Guillermo Ferrero, diserta sobre lo que saben o deben saber todos los estadistas. Puede decirse, que en toda colectividad de arrastrados hay uno o varios que no lo son, o que lo son superficialmente; puede decirse que en una banda de facinerosos, la mayoría de ellos no aguantarán la menor ofensa en el punto donde han colocado su amor propio o su honor; un asesino de oficio, que mata a un hombre por cien pesos, puede no vender por mil o un millón a su hija, y matar al que le proponga vender a su mujer. A ninguna colectividad se le puede poner a prueba infiriéndole toda clase de ofensas. De la desesperación brotan sorpresas increíbles para un necio, que para un estadista son hechos inevitables, lógicos, necesarios.

Si el general Díaz hubiera estado menos reblandecido, habría evitado a todo trance ofender a una colectividad que, repentinamente, podía enderezarse y despeñarlo por la prensa, en un abismo donde hubiera sido difícil recoger sus huesos.

* * *

El remolino de odios

La campaña soez contra el señor Limantour y los "científicos," se abrió con vigor, con audacia, con maldad y con infamia, dirigida por el general Reyes. El señor Limantour, al leer el primer número de "La Protesta," debió dirigirse al general Díaz y decirle con firmeza de mujer, si no la tenía de hombre: "Señor Presidente, en este país desde hace nueve años, sólo se publica lo que usted autoriza con su palabra o dejando hacer. Si el segundo número de "La Protesta" sale, yo al mismo tiempo saldré para Europa. No creo que fuera necesario llegar al recurso extremo a que se ha llegado, para que renunciara yo a la promesa que usted

me hizo. Habría bastado una indicación para dejar a usted satisfecho."

Pero el señor Limantour, no obstante sus millones heredados y su elevada posición social, era un infeliz que hacía ecuación con un empleado decrepito, enfermo, cargado de numerosa familia improductiva y vorazmente consumidora. Hombre tal, tiene motivos para tolerar ofensas aun más fuertes, porque el hambre personal doblega como el apretón de manos de la muerte, y el hambre en seres queridos, resuelve a su protector a comer inmundicias. El señor Limantour, tenía el deber sagrado de nada permitir contra su dignidad. Y sin embargo se doblegó, se prosternó en el suelo de infamias del Capitolio, y entre sus amigos del "Carro Completo" vociferó, sin hacer gasto de lenguaje meretricio, limitándose a calificar de soldadón ingrato e indecedente al Dictador, a quien él había sacado de la sentina en que se estaba ahogando.

Pasaron algunos días, y el licenciado Pineda avisó al atribulado Ministro, que, conforme a datos de la policía, empeñosamente movida por don Ramón Corral, gobernador del Distrito, los Reyes, padre e hijo, eran los principales fabricantes de la "*ola de agitación*." El señor Limantour, al recibir esta nueva, fué a quejarse con el general Díaz, empujado por sus amigos, resueltos a inyectarle "*cacodilato de vergüenza*" para que renunciara o para que se castigara a Reyes. El Príncipe, respondió a su Ministro que tomaría providencias contra Reyes, siempre que se le presentaran pruebas de su culpabilidad. Ni una palabra de promesa o de pésame dijo en relación con el pasquín, que cada día era más leido por el público, al que arrancaba en abundancia estas dos frases: "Para perfidia, no hay como don Pér-fido; para indigno, no hay como Limantour que no renuncia."

Los señores Corral y Pineda, con dinero de su propio bolsillo lograron comprar a varios cajistas de la imprenta de "La Protesta," para que les mostrasen todos los originales que hubiesen parado. Dos días después,

le fué llevado a Pineda un artículo muy virulento, de puño y letra de don Rodolfo Reyes, modificado y adicionado por su señor padre. El señor Limantour, presentó el cuerpo del delito al Presidente, quien ordenó que a solas se le presentara el Ministro de Guerra. Según refirió el general Díaz al señor Limantour, el general Reyes admitió que el artículo era de su hijo Rodolfo, pero negó que las correcciones fuesen suyas. El Príncipe no quiso entrar en una discusión caligráfica, y secamente dijo: "creo que de todos modos debe usted presentar su renuncia;" y el general Reyes transformado en hidra, la presentó, no sin haber acudido a Limantour para darle satisfacciones, disculpas y juramentos de que él no era cómplice de su hijo. El señor Limantour, ante Reyes, obró con dignidad, recibió sus explicaciones con altivez, estando decidido a sostener un duelo a muerte con su desleal adversario.

Se me preguntará ¿por qué el general Díaz, verdadero autor de la "ola de agitación," fué tan severo con el general Reyes, hasta exigirle la renuncia y echársele de enemigo, sabiendo que era terrible, pues el Cesar dijo a su Vicario, después de que Reyes salió de la Secretaría de Guerra en un grado de excitación comparable al de los cañones que cargados hasta la boca, disparan y revientan: "Ese hombre es desde hoy mi enemigo, me odia y me odiará hasta su muerte, y gastará su vida en hacerme el mayor mal posible."? Y a un hombre de tal condición, no se lo echa de enemigo un "Príncipe," por estarle prestando eminentes servicios, los que él deseaba: golpear a Limantour con la "ola de agitación," para que se cumplieran "las exigencias de la política."

La respuesta es muy sencilla: el general Reyes, torpemente había ya descubierto sus aspiraciones presidenciales, hacía política a su protector, había acogido a todos los descontentos contra los "científicos," había robado al demiurgo toda la apachería mental, había organizado su partido exageradamente personalista, y con indiscreción de beodo lo había lu-

cido en la Cámara de diputados. Un miembro honorable de la familia imperial, muy escuchado, el licenciado don Justino Fernández, y el secretario del Presidente, Chausal, al ver lo bien organizado del partido reyista cuando la libre discusión de la ley orgánica del artículo tercero de la Constitución, dijeron en alta voz: "esto se pasa de grave, ya el Ministro de la Guerra tiene su partido." El general Díaz fué avisado, y su odio a Reyes brotó entonces, antes de que brotara el del desleal Ministro. El César, esperó el momento oportuno para expulsar al traidor, sin dar a conocer al país que había sido traicionado. No fué el señor Limantour quien arrojó al general Reyes de la Secretaría de Guerra, sino su hijo don Rodolfo, director de una política de *bebé*, aprendida en la escuela nacional de Jurisprudencia.

El general Díaz al concebir la intriga, que fué el principio activo de su derrumbe, perseguía dos objetos: investigar si el general Reyes estaba agitado por ambiciones presidenciales, y desviar la vista cariñosa del país, de un hombre que por medio de su prensa se aseguró la simpatía nacional; lo que significaba peligro de próximo cuartelazo.

Antes de la intriga (1899), nadie se ocupaba de política. El duelo entre Baranda y Limantour, había cesado después de la expulsión de la Secretaría de Guerra del general Escudero (1896). El señor Limantour y su "Carro Completo," esperaban que buenamente algún día, el general Díaz lo instituyera su sucesor, sin que él hiciera esfuerzo alguno para conseguirlo. El resto de los *científicos*, de 1896 a 1900, esperaba con júbilo que el general Reyes fuera el sucesor del general Díaz. La Presidencia del señor Limantour para establecer en México el sistema Rasputín, les causaba ira y espanto. En 1902, estimaban al señor Limantour como financiero inteligente e incorruptible, pero como político, le habían tomado el pelo, y resultaba sarnoso. El general Reyes antes de la intriga, se levantaba en el horizonte del porvenir como estrella de brillo cre-

ciente, acompañada por constante aurora boreal. Cada día crecía más en el concepto público, ya era una grata promesa para la nación, otro demiurgo más capaz que el general Díaz, más fresco, más amplio, más peregrino, más arrebatador, porque no era pérfido, sino un hombre con el corazón de una divinidad mitológica: el Zeus, con las espuelas de los mexicanos. El César y el general Reyes, creían amarse con amor mutuo de padre e hijo. En esas condiciones de afección osculatoria de ambos prohombres, nadie temía el porvenir, estaba engastado en masa de felicidad, la nación respiraba en un jardín de primavera eterna, la paz era más sólida que los Andes transformados en bloque de acero cromado. ¡Bello sínodo de expansión y esperanzas celestiales!

Repentinamente, opera la arterio-esclerosis del anciano ex rutilante; el paráclito se arruga, el gigante se digiere a sí mismo en estómago de insecto; el cerebro zapoteca claveteado de estrellas, se atrofia, reblanisce y pudre. Asombra que un eminente y profundo conocedor de las cosas, de los hombres y de los hombres-cosas, que después de haber privado del mando de tropas a todos los generales de división, después de haberlos postergado, nulificado, empapado de inmundicia, envileciéndoles con la venta de su dignidad y todavía después vigilándolos para que si pestañeaban, matarlos; y ejecutar esa labor cruel y pérfida, en virtud de la convicción de que todo general mexicano con mando de tropa, aspira a la Presidencia de la República; asombra, digo, que todo un demiurgo, acreditado de taumaturgo de los siglos XIX y XX, procure averiguar si el general Reyes, a quien él ha elevado como ningún general había sido elevado en México, al que ha conferido el derecho exclusivo a la ambición, al designado primer procónsul del Imperio con dignidad de pretor y augur, al que ha regalado para que los tiranice, a cuatro Estados terribles por su empuje varonil: Nuevo León, Coahuila, Zacatecas y Tamaulipas; al que ha honrado enviándole en 1896 a

un Secretario de Estado para que le ofrezca en nombre del Caudillo su segunda reelección para gobernador de Nuevo León; al que ha sobrepuerto y preferido a su potente suegro don Manuel Romero Rubio; al que permite que tenga una prensa de bombo personal, que no cesa de lanzar alabanzas más que sospechosas, categóricas para señalarlo al país como Presidente; repito por la segunda vez, asombraría hasta a un cloroformizado, que ese César trate de averiguar si el general Reyes tendrá ambiciones presidenciales, y le envíe al señor Limantour como buzo sin escafandro.

¡Y bien! Logró el anciano déspota lo que quería con su intriga, consiguió saber que el general Reyes tenía ambiciones presidenciales cuando lo había colocado en la Secretaría de Guerra, ambiciones encrespadas e hirvientes, audaces y sacrílegas, excesivamente peligrosas y traidoras, dispuestas para que pronto el César dijera el inevitable: "*Tu quoque Marce Bruto*".... ¿Y para qué sirvió esa averiguación? ¿Para matar al desleal, conforme al código trágico de los demiurgos? ¿Para expulsarlo del país escupido por la prensa leal, abofeteado por los sicarios del Capitolio y mordido por todos los perros de presa de la apachería mental? No, averiguó la traición, para tener miedo al traidor, y lo que era imperdonable, mostrárselo a él y al pueblo; un miedo de canario frente a un gato iracundo y hambriento; un miedo que lo obligaba a reponerlo en el gobierno de Nuevo León, a regalarle diez mil pesos para que llevase su equipaje a Monterrey; a obligar a Limantour a que le comprase la casa de la Reforma, en un precio más elevado de lo que valía; a permitirle que haga la matanza de Monterrey, el 2 de abril de 1903; a soportar que Rodolfo, en sus narices, le haga política, que lo desprestigie, que conspire, que colecte partidarios, que mine los cimientos de la Dictadura, que lo vuelvan ratón, y por último, lo obliguen a que ordene a la prensa, que por ningún motivo se lastime al general Reyes, ni que se le deje de tratar con las más altas consideraciones principescas, siempre de Prín-

cipe adoptivo de la sangre. Para que la averiguación tuviera tan triste resultado de imponer insomnio lipomaniaco al omnipotente, hubiera sido mejor nada averiguar.

El segundo objeto de la intriga, era "dividir para reinar," y como lo había hecho Napoleón I, explotar las pasiones bajas y las flaquezas de sus altos funcionarios para dominarlos. Pero Napoleón, obraba como estadista profundo, no dividía a su partido, no lo desmenuzaba en hiel y orines, no lo volvía rebelde en contra del amo; por el contrario, procuraba que todos vivieran unidos en un solo pensamiento absoluto: admirar sinceramente a su "Creador," en un solo sentimiento, amar con fanatismo al "incomparable protector" en un solo deseo, sostener sin sopesar sacrificio, el lustre y el poderío del dueño del mundo; en una sola esperanza, jamás desmerecer de su cariño; en un solo temor, ver rasgada su púrpura y rota su corona.

La política del general Díaz fué opuesta; dividir a sus partidarios, para ser odiado por todos ellos; transformarlos de amigos en enemigos, unirlos en el pensamiento del cuartelazo y de la anarquía, despertar en sus fibras hasta la última vibración de rencor, y su voluntad hacerla esclava absoluta de la venganza. Después del desenlace de la intriga, Reyes, el hijo predilecto, el mancebo adorado del paraíso porfiriano, se retira a Nuevo León, torvo, con mirada de odio, totalmente dilacerado, con lengua de cuadra o meretricia, retorcido por tétanos infernales y encerrado en su celda de incubo, de la que como aseguró el "Tercer Imperio," salían "berridos." Se enfriará, se repondrá, volverá a ser nuevamente humano para forjar una comedia de lealtad, y se dedicará con su hijo Rodolfo, más intrigante que su padre, a preparar la revolución, ocho, diez años, lo que sea necesario. Cuando habla del César con sus íntimos, sus frases son chisquetes de fuego purulento.

El Ministro Baranda, otro intrigante temible, el primer político de campanario del mundo, era útil al Cé-

sar antes de la intriga, y le consagraba lealmente sus actividades; después de su expulsión del gabinete, a causa de la intriga, odia al César, y está resuelto a vengarse *a la campechana*, sin limitación; y al efecto, se ligará con Reyes. El 24 de mayo de 1911, el hijo del ex Ministro Baranda, don Joaquín Baranda MacGregor, aparece entre los caudillos de las plebes enardecidas y resueltas a arrastrar en el pavimento de las calles el cadáver del tirano. Nada importa que al padre lo haya sostenido el César diecisiete años de Ministro, ni que al despedirlo del gabinete le haya regalado quince mil pesos anuales, como consejero del banco de Londres y México; el hijo no entiende de gratitudes, el padre le ha legado todo su odio, y los réditos, a interés compuesto, se han acumulado. El odio de la familia Baranda, sólo se puede apreciar con la tabla de logaritmos.

El señor Limantour también odiaba al general Díaz, con la misma fuerza que Reyes y Baranda. Nunca me lo dijo; pero desde 1903, jamás le oí hablar bien ni mal del Caudillo. Es imposible que un hombre del orgullo del señor Limantour, y de su potencia subjetiva para verse colosal, sintiendo que tenía derecho a ser respetado por el César porque lo había salvado de la revolución, conteniendo el saqueo de las arcas públicas, haya olvidado que el tirano lo mandó ensuciar públicamente y atacarlo en su vida privada y la de su familia, sin otro fin que hacer más grande la afrenta de burlarse de sus ambiciones, mérito y honor. Sobre las ruinas del ser civil, debía vegetar tropicalmente el odio normando.

Los "científicos" que no pertenecían al "Carro Completo," no crearon odio contra el Príncipe, dejaron de estimarlo, les pareció que había usado de la perfidia, disculpable cuando es necesaria para la conservación de la Dictadura, imperdonable cuando es innecesaria y glotona, repugnante, que nada ni a nadie respeta. La opinión de esos "científicos," fué que había que aguantar al general Díaz, porque peor era el general

Reyes, y esperar a que algo saliera de aquel hospital psíquico de putrefacción. A los reyistas y los porfiristas incondicionales, con raras excepciones en los segundos, les quemaba las entrañas el odio contra el César, que parecía haber derrumbado a Reyes y querer perseguirlo. Los "científicos" del "Carro Completo" vaciaron sus joyas de elocuencia despectiva sobre el general Díaz, afirmando que con semejante cretino, sin pizca de decencia, no se podía más que escupirlo mentalmente, desde la "Torre de Marfil" de la ciencia exquisita. La intriga había dejado al César sin partidarios, convirtiéndolos, casi en su totalidad, en hábiles conjurados. En esa cuna de perfidia nació el odio entre reyistas y científicos, tan funesto para el país. No recuerdo un caso igual de estupidez política, lo que me enseña, que ya en 1904, el general Díaz no estaba para gobernar ni para ser gobernado. Era un tétrico demente, que, tea en mano, buscaba los depósitos de explosivos, para hacer volar hasta la civilización de su país. Si Reyes no hubiera sido Reyes, su cuartelazo, en aquellos momentos, hubiera significado la salvación del país. No hay, ni nunca ha habido omnipotentes en este mundo. Los omnipotentes, valen lo que valen y quieren que valgan sus partidarios. La caída de Nicolás II es excelente lección para los déspotas. Un imperio enraizado en el siglo IX y en las bárbaras glorias rojas de Carlo Magno, un imperio autocrático de mil años, se desplomó en tres horas, como un jacal de adobe por la corriente de un riachuelo. El Czar, frente a un ejército de seis millones de soldados, dueño de siete mil cañones y de un millón de policías, dueño de la décima parte de los seres humanos del globo, cayó, porque sus partidarios le dijeron: "aquí la dejamos, y a otra cosa." El general Díaz, desde 1892 comenzó la tarea de destruir a sus partidarios, y nunca volvió a entender que los partidarios no deben ser exterminados, porque es exterminarse a sí mismo. Creyó en la adulación; él era en México, la fuerza infinita.

Una de las manifestaciones más tristes de la psicosis del general Díaz, fué su abuso de la perfidia; llegó a ser excesivo, inaguantable, suicida. La perfidia es sin duda, la más tremenda de las armas, aun de aquellas en cuya composición entran el acero, los explosivos o los tóxicos; mientras dura como arma oculta, sus resultados son eficaces, pero una vez descubierta, es arma que con seguridad mata al que la usa, y pierde toda su utilidad. Cuando los partidarios de un Príncipe descubren que es pérvido, los que no se retiran del juego a toda trampa, se arman de perfidia y acaban por arrollar al enemigo común.

Fué lo que sucedió en 1902: el ex Ministro Baranda odiaba al César, pero aceptó el puesto del banco de Londres y México, que le producía quince mil pesos anuales. Reyes, continuó de gobernador de Nuevo León preparando inflexible su venganza; Limantour, más que nunca se aferró a la cartera de Hacienda; y en el año de 1911, la familia del César y los principales porfiristas, lo señalarán como al traidor que hundió al general Díaz; todos conservaron sus posiciones de confianza, y todos esos eminentes eran enemigos mortales del que se las daba. Era lógico, porque el juego era a toda trampa, o sea, a toda perfidia y sin cuartel para nadie. Si entre todos no lo derrocaron y ahorraron, no fué por la habilidad del general Díaz para dividirlos, sino por falta de hombre capaz de unirlos. Si Reyes hubiera tenido otra talla intelectual y moral para la Dictadura orgánica, el general Díaz hubiera sido botado desde 1902, o tal vez desde 1896. La estabilidad del Príncipe, dependió de los "científicos," representantes del poder intelectual del país. Fueron sin duda fieles al general Díaz, por encontrar peor al general Reyes; y si hubiera surgido un hombre capaz de atraérselos, le hubieran servido de potencia mental. No obstante ser benévolos el general Díaz, hay que confesar que en México, con su degeneración, acabó por escaldar a todos sus partidarios y por ser el sombrío creador del odio de todos contra todos.

La Vicepresidencia de la República

Después de la caída política del general Reyes, después de la caída moral del general Díaz, después de la caída ignominiosa del señor Limantour enlodado por la campaña reyista, y que a diferencia de los gatos, se había limpiado el cieno para digerirlo; después de la caída de todos, que prometía la caída del país en alguna catástrofe inmensa, el general Díaz deseando proteger a sus íntimos, encomendó al señor Limantour que fuera al extranjero y obtuviese los diez millones de pesos necesarios para comprar las acciones sin valor, amontonadas en el cuarto de los trebejos, de los miembros del sindicato asolador que había desquiciado las finanzas públicas de 1882 a 1893. El señor Limantour, después de las afrentas recibidas, obedeció con aparente buena voluntad.

A poco de haber llegado a Europa, y tomado contacto con los magnates de la finanza, escribió al Caudillo que los banqueros se negaban a seguir proporcionando dinero a México, con la garantía de los residuos de vida de un gobierno ultra-personal de setenta y tres años, y cuya prensa anunciaba al mundo que sin él, México se precipitaría en la ruina, en la anarquía, en algo peor, tal vez en el centro de alguna estrella del Can-Menor. Era, pues, locura, prestar a plazo de cuarenta y tres años, millones a una misera nación cuya vida duraría tanto como los últimos días de un anciano, con los dos pies sin botas, ya en el sepulcro. Los banqueros necesitaban, para prestar, una garantía de continuación de gobierno serio, ilustrado, probo, y en los países dictatoriales no los improvisan las lacayerías llamadas cámaras, a la hora de los funerales del opresor; de esos funerales, salen las más seguras y tremendas anarquías.

El César era un enemigo resuelto de la institución vicepresidencial, por que, decía, que la tarea de

los Vicepresidentes había sido meter la gran zanquilla a los Presidentes; labor que en México siempre había sido coronada por el éxito. El Príncipe no podía resolverse a dejar de ser el "Héroe del Crédito," después de ser el "Héroe de la Paz," y pretender el puesto de "Héroe del Continuismo." Había también una cuestión de intereses: era el único medio de vender las acciones del Interoceánico, antes de que las ratas las devorasen. Hubo una semana de vacilación, al fin de la cual, el señor Limantour recibió el cable tranquilizador para los banqueros, por el ofrecimiento de instituir la Vicepresidencia.

Al hallarse en Europa el señor Limantour, el general Díaz, desde abril de 1903 acordó que se comenzaran cuanto antes los trabajos para su sexta reelección, y que los *científicos* fueran los principales actores en esa ya demasiado fastidiosa comedia, inaguantable hasta para el apuntador y el maquinista que subía y bajaba el telón escénico.

Los "científicos" aceptaron el encargo, pero se propusieron hablar por el país y para el país, presentando ante el César, a toda luz, el alma nacional. Yo fui designado para ese discurso de decente y patriótica rebelión, en el que dije:

"¿Existe en México un progreso político tan cierto como que existe un progreso material?

"Si existe, y se manifiesta por los hechos siguientes: el país, en su importante fracción intelectual, reconoce que el jacobinismo es y será siempre un fracaso. El país, despojándose de su vieja y tonta vanidad, ya no pretende copiar servilmente la complicada vida democrática de los Estados Unidos; el país, está profundamente penetrado del peligro de su desorganización política. El país quiere *íasabéis*, señores, lo que verdaderamente quiere este país? Pues bien, quiere, que el sucesor del general Díaz se llame ¡la Ley!! (Frenéticos aplausos).

"¿Qué ley? Cualquiera, con tal de que no sea la más hermosa, sino la positiva, la verdadera, la que nos

convenga. El Korán, si se cree que nos conviene un sultán; las leyes de Indias, si debemos retroceder al régimen colonial; el Rig Veda, si aparecemos a propósito para formar sumtuosa monarquía de castas; la Biblia, si se nos declara judíos; las reformas a la Constitución Argentina, si se nos considera propios para una burocracia parlamentaria.....¡Para algo hemos de servir después del progreso obtenido! ¿Para nada servimos aún? Pues entonces, que se nos prepare un hombre de Estado probo, para que nos gobierne bien o mal pero civilmente.”

Referíme en el mencionado discurso, a que ya fuera del porfirismo había en la nación un no se qué de amenazador, una promesa revolucionaria que de ninguna boca salía, ni presentaba el aspecto de ninguna fuerza. Y todo ese aflojamiento de las funciones públicas y de los intereses sólidos, emanaba de la tristeza causada por esa política del general Díaz, de no preparar sucesor ni gobierno impersonal cualquiera; empeñándose en preparar la anarquía, durante sus sumtuosos funerales. A este respecto, decía yo en mi discurso: “La paz está en las calles, en los casinos, en los teatros, en los templos, en los caminos públicos, en los cuarteles, en las escuelas, en la diplomacia; pero no existe ya en las conciencias! (Gran sensación en el público). No existe la tranquilidad inefable de hace algunos años. *La nación tiene miedo!* La agobia un caloñío de duda, un vacío de vértigo, una intensa crispación de desconfianza, y se agarra a la reelección como a una argolla que oscila en las tinieblas.”

Yo estaba mirando el porvenir, claro, como en la película de un cine; veía yo el aspecto de la República después de 1910. Las siguientes frases de mi citado discurso, prueban completamente mi profética visión.

“Yo creo que la reelección debe ser más que una brillante cuestión de presente, debe ser algo de nacional, y sólo es nacional lo que tiene porvenir. Yo creo que el porfirismo y el mexicanismo, no son antagónicos, que hay que armonizarlos, y para ello es preciso,

que la riqueza de que se nos habla, no se convierta en indigencia por la brusca náusea de la anarquía; es preciso que los kilómetros de vías férreas, no sean arrancados por las garras de la guerra civil; es preciso que los hilos telegráficos no vuelvan a anunciar al mundo nuestra barbarie, nuestra lasitud, nuestra impotencia; es preciso mostrar que la sumisión actual, no es la de siervos saboreando deleites, ni la de cortesanos danzantes luciendo oropeles; sino el recogimiento disciplinario de verdaderos patriotas; es preciso que de esta paz no salga sangre, que de esta quietud no surjan patibulos, que de este crédito no se desprendan huestes extranjeras poderosas e invencibles, que nos arranquen la nacionalidad; es preciso, sobre todo, que ese sentimiento de la nación por el general Díaz, tan grande, tan noble, tan leal, no se transforme más tarde en el aleteo de una desesperación tenebrosa, en decepciones y resentimientos. Si la obra del general Díaz debe pecar con él, no hay que recomendar reelección, hay que recomendar el silencio, como en una escena sinistra; hay que recomendar el dolor, como en un espectáculo de muerte; hay que proveerse de escepticismo y resignación, para ver y saber que el destino de la patria está hecho ya: que es la ruina inevitable, la conquista sin defensa, la desaparición en la fosa común de los viles y de los esclavos."

Esa mi profecía, puede competir con las que anunciaron la ruina del pueblo judío. Mi discurso de junio de 1903, se encuentra impreso en las bibliotecas y archivos de México, y a los ojos de todo el mundo se encuentran los acontecimientos de 1910 a 1919. Mi discurso agradó tanto a la opinión, como desagradó al general Díaz. La prensa de Jalapa y de Monterrey, abrieron ruda campaña contra los "científicos," y en la ciudad de México se fundó un periódico intitulado "La Nación," dirigido por don Luis del Toro, quien debía agotar sus expresivos dícterios contra personas que, en buenos términos, habían indicado a un Dictador de setenta y tres años, que hiciera algo por su patria, ya que

tanto había hecho por él mismo. Al notar que "El Imparcial," el órgano de más circulación y caracterizado como semi-oficial, callaba, los "científicos" se dieron cuenta de que el general Díaz no quería la ruptura declarada con ellos, sino hacer pueril perfidia de *gato escondido y cola de fuera*; guardando la actitud del que no puede corregir a la prensa ni sus sirvientes incondicionales, pero que tiene el mayor agrado en guardar la amistad y el apoyo de los bañados por la literatura meretricia.

En una junta que tuvimos en el despacho del licenciado Casasús, a la que concurrieron Pineda, Macedo, Casasús y el autor de este libro, resolvimos no aceptar dobleces: si el César no quería romper, debía ordenar silencio a la prensa que estaba a sus órdenes, y si trataba de romper, nos expatriaríamos para irnos a defender al extranjero con toda libertad. Nuestra resolución fué presentada al Caudillo por don Ramón Corral. No sé qué consideraciones profundas hizo el general Díaz para no aceptar la ruptura, pues inmediatamente, fué matado el periódico "La Nación," que había anunciado vida inmortal, y los de Jalapa y Monterrey no volvieron a atacar a los "científicos," sino hasta después de la conferencia Creelman.

Casi al mismo tiempo, por cable, avisó Limantour que la banca europea no prestaría si no había Vicepresidente. El general Díaz, contra toda su voluntad, se sometió y acordó que se presentara en la Cámara la iniciativa de reforma Constitucional estableciendo la Vicepresidencia. Al llegar a México el señor Limantour procedente de Europa, con los diez millones solicitados, y dejando a los banqueros la palabra del gobierno de que se establecería la Vicepresidencia, el César se la ofreció a su Vicario. Afortunadamente, el señor Limantour tuvo un violento acceso de cordura política, y la rehusó. Gran satisfacción causó este hecho entre los "científicos."

El César, concedió entonces a su Vicario la prerrogativa de designar a la persona que debía ocupar la Vice-

presidencia. La banca extranjera no habría quedado conforme con un Vicepresidente que no fuera del agrado del señor Limantour, quien por su probidad, rectitud, inteligencia y éxitos administrativos, era el hombre de confianza de la banca extranjera.

Por otra parte, era imposible después de la ruptura con Reyes, un Vicepresidente reyista. Para halagar al general Díaz, e inclinarlo a la designación de un Vicepresidente no "científico," iniciaron los reyistas y socios, ante la Cámara de diputados una reforma constitucional, para que el período presidencial se alargara de cuatro a ocho años, lo que fué acogido con agrado por el Caudillo, aunque no sumo, porque sus deseos habrían sido colmados con períodos presidenciales de treinta y ocho años o un poco más. Los "científicos" resistieron, y se arregló que el período fuera de seis años; y así quedó preceptuado en la Constitución.

El señor Limantour designó al señor Ramón Corral para la Vicepresidencia, quien fué aceptado por el Príncipe, casi como un cólico de invaginación. Agradaba más al César la candidatura de los reyistas y dehesistas, el señor Mariscal, macrobita de setenta y siete años en 1904.

Fijarse en una persona de setenta y siete años, para una Vicepresidencia que debía ofrecer al país y al extranjero, garantías de frescura, energía, salud, robustez y sorprendente fecundidad, demostraba que el Dictador quería burlarse sin careta, de todo el mundo, sin pensar que si los mexicanos aguantaban su falsedad, la banca extranjera lo castigaría muy duramente; porque no hay que olvidar que la Dictadura Díaz era plutocrática, sostenida y prestigiada por la plutocracia extranjera. El señor Mariscal, Secretario de Relaciones, no rechazó su candidatura; lo que prueba que contaba con la autorización del Presidente. En aquellos tiempos, un funcionario que daba un paso político, por insignificante que fuera, sin la orden o autorización bien adivinada del Caudillo, era considerado como traidor con las armas en la mano y los pies en el tablado.

del patíbulo de la "ley fuga." Los "científicos" que no pertenecían al "Carro Completo," ya sabían, ilustrados por el profundo conocimiento adquirido observando al general Díaz, que el asunto de la Vicepresidencia había de quedar zanjado con una gran perfidia.

Cuando en los Estados Unidos se celebra una convención de partidos para designar candidatos, asisten a ella, respectiva y únicamente, los partidarios de cada partido político. Cuando el partido es personalista, no puede haber tal convención, porque el personalismo exige que el partido emane de una persona y no la persona del partido. Esas convenciones personalistas, no representan más que bandas hediondas de burócratas hambrientos, intrigantes, rapaces, piratas financieros insaciables, que sólo aparecen en países donde las leyes son negocios, los negocios leyes, los jueces negocios, la justicia negocio, la desvergüenza negocio, y hasta la miseria del país se considera el negocio más brillante.

Sea lo que fuere, no se concibe que una convención que en 1904 debía postular a don Ramón Corral para la Vicepresidencia, se compusiera exclusivamente de los enemigos de don Ramón Corral. Si el general Díaz, para los mexicanos ilustrados no fuera tan conocido como lo es químicamente el agua destilada y esterilizada, congestionaría el cerebro que una banda personalista, una lacayería que debía postular por orden de su amo, a don Ramón Corral, hubiera sostenido la sesión de postulación con tres horas de dicterios, calumnias, majaderías, graves injurias, ataques a la vida privada del señor Corral. Tampoco se comprende, que para bañar de materia excremencial al señor Secretario de Gobernación de un César decente, éste hubiera cedido el gran salón de sesiones de la Cámara de diputados. Todo esto, enseña que el decoro del gobierno ya no existía.

Pero sobre esas repugnantes cosas sorprendentes, sorprende más, que después de tres horas de rechazar a Corral hasta de la especie humana, y aun de la

canina y porcina, no colocándolo más que entre los escarabajos en su jugo, haya sido postulado, por mayoría, candidato a la Vicepresidencia de la República. El gobierno había perdido, pues, hasta la última traza de respeto a sí mismo, porque la farsa electoral ya no era de salón, no era de burdel de primera clase, no era de garito de *bacará*, sino de pulquería en la colonia de la Bolsa. La "reelección" dejaba de ser pintoresca, para decaer en birlesca.

Evidentemente que el general Díaz, siempre adorador de la corrección de las formas constitucionales, de las formas sociales, de sus aptitudes irreprochables ante el Cuerpo Diplomático, de su respeto por la opinión extranjera que lo había comparado con Moisés, Josué, Salomón y la Vía Láctea, no había preparado un programa que, para él, para el país, para la raza mexicana, era bochornoso, tocando el último fondo de loi nmundo. El programa, emanaba de la destrucción total o reblandecimiento de las celdillas cerebrales, convertidas en átomos de fosfatos y sulfatos de cal, y flotantes en serosidades tibias. Esos restos de organismo, robados al banquete de la gusana sepulcral, eran las verdaderas leyes del país. Eran los frutos del reeleccionismo de treinta años. ¡Pobre México!

La explicación de lo sucedido, era que el general Díaz discurrió librarse de un Vicepresidente, siempre peligroso como todo sucesor, y para no violar su compromiso con la banca extranjera, resolvió nombrar un Vicepresidente imposible, de setenta y siete años de edad, dispéptico, achacoso, sin prestigio político; una decepción, para lo que el país y el extranjero querían. El compromiso avanzado por él, y contraído con Limantour, de colocar en la Vicepresidencia a don Ramón Corral, nada le importaba; conocía bien que el Ministro de Hacienda todo lo aguantaría, con sólo presentarle a don Teodoro Dehesa como sucesor. La aceptación de Corral, tampoco le importaba, ni la actitud de los científicos; era omnipotente, y sentía, co-

mo Napoleón I, que todos los demiurgos están sobre las leyes humanas y divinas, con nadie tienen deberes, nadie puede estorbar su voluntad; sus caprichos, sus crímenes y sus estupideces no son ni estupideces, ni crímenes, ni caprichos, porque esos hechos son relativos a la especie humana, y ellos están independientes de toda ley moral. El hombre, no se preocupa de las leyes morales que rigen a las culebras, ni a los canarios, ni a los coleópteros, y por consiguiente, los hombres no tienen derecho de ocuparse de la amoralidad de los demiurgos, que entre ellos es sublime moralidad.

Conforme a su modo de ser, el demiurgo llamó a su hombre de confianza, del titulado Partido N. Porfirista; le ordenó que reuniera a la "caballada," como a veces llamaba a sus amigos incondicionales, y que lanzaran la candidatura del señor Mariscal, y le avisaran del efecto producido en el numeroso público asistente a las galerías de la Cámara de diputados. Fué obedecido y avisado, que el efecto era magnífico. La nación en la Cámara, eran los estudiantes de la Preparatoria y de Jurisprudencia, que ocupaban las galerías, atentos a las órdenes de Rodolfo Reyes. El efecto había sido magnífico para el general Reyes, enemigo implacable del general Díaz. El señor Mariscal era reyista por simpatía, de manera que el demiurgo trabajaba por su enemigo. Sus parientes, intentaron desencaclararlo.

Iba a dar orden el Príncipe a que se procediera a la votación, cuando uno de los miembros de su familia, el licenciado don Justino Fernández, siempre escuchado no obstante ser enemigo de los "científicos," le hizo observar que el señor Mariscal era reyista, que intrigaba con el reyismo, y que en realidad, quien obtenía un enorme triunfo era el general Reyes. Además, nombrar Vicepresidente a un anciano de setenta y siete años para responder de un período presidencial de seis años, era violar su palabra empeñada con la banca extranjera, después de haber recibido de ella dinero,

con la condición del establecimiento de la Vicepresidencia. Se exponía el César, según el señor Fernández, a perder en el mundo su crédito financiero y su crédito moral, y la prensa del orbe civilizado se le arrojaría encima barriendo con el prestigio que había adquirido.

Aun más, las razones del licenciado Fernández tenían la fuerza de un polvorín que vuela una ciudad; el espíritu del Príncipe, hecho ya ácido carbónico, no podía volar, y se entabló una larga discusión. Mientras, los voeferadores de la Cámara de diputados, que ya habían descargado en majaderas arengas el torrente de injurias contra Corral y el de alabanzas a Mariscal, sostenían ridícula actitud, esperando la consigna del amo. Por fin, a las nueve de la noche, después de tres horas de sesión, circuló en la asamblea la noticia de que ya había salido de la calle de Cadena el doctor don Gregorio Mendizábal, con la consigna; llegó el esperado mensajero, pidió la palabra para apoyar una candidatura, subió a la tribuna y proclamó la de don Ramón Corral. Una explosión de ira retumbó en el salón, los tres mil estudiantes cecearon, silbaron, ahullaron, maullaron, graznaron. Los convencionistas, tomaron actitudes heroicas, y al fin escogieron la fecal ivotaron por Corral! Ya en las escenas de tiranía, ordenadas por el Caudillo, no se aceptaba la condición indeclinable, única que hace posible la estabilidad de las dictaduras en América: el respeto a la forma de gobierno democrático representativo; tampoco se respetaba la forma de decoro rudimentario de cualquier gobierno; la prostitución política era libre, cínica, disuelta y disolvente.

Al otro día de esa noche de festival para la degradación, encontré al salir de mi casa a don Ramón Corral, disfrutando de un paseo en la calzada de la Reforma. Nada conocía sobre el parto de su candidatura, lo puse al corriente de los acontecimientos, y le dije: "Esa Vicepresidencia no debía usted aceptarla, si no quiere decaer en sub-hombre. Se le ha elegido, como víctima

de una intriga de la que no obtendrá más que deshonor y sufrimiento. Debía usted renunciar también la cartera de Gobernación, y marchar a Europa a ver los toros desde la barrera." Don Ramón Corral, me contestó: "No sabe usted cuánto deploro que sea tan pesimista." "Usted aplaudió mi discurso del 21 de junio de 1903; era ciencia, no pesimismo." "El pesimismo rebaja mucho sus facultades políticas, es preciso perdonar al general Díaz sus caprichos de octogenario, y tratarlo con dulzura, como a todos los buenos amigos enfermos; y respecto de lo demás, "*rira mieux qui rira le dernier.*"

Ese mismo día, relató a Pineda nuestra entrevista, y ambos me dispararon la frase usual despectiva, *icosas de Bulnes!*

En 1911, fui a despedirme de don Ramón Corral. Desde que el general Díaz resolvió cederlo a la Revolución, le pidió su renuncia para en caso de triunfo del gobierno, hacer Vicepresidente a su sobrino don Félix Díaz; y obtuvo de Corral la respuesta: "no renunciaré mientras usted no renuncie." Ya el hombre mártir, estaba condenado a muerte, ignorando la sentencia pero sabiendo que para la Dictadura todo estaba perdido. No quise decirle palabra cruel, vengadora de su contestación de 1904, y sin que yo tocara ese asunto, me dijo: "Ya usted lo ve, me voy a Europa, tal vez para no volver, riéndome, aunque no el último; eso le toca al general Díaz, ser el último en reirse de su obra de habernos hecho reír a todos, sin pensar que quien va a llorar, y mucho, es la patria."

Es incuestionable, que el señor Limantour debió haber intervenido en la siniestra intriga que comprometía todo y a todos. Era él, quien había designado a Corral, instado por el general Díaz; era él, quien había ido a la casa de Corral en compañía del licenciado don Roberto Núñez, para comprometerlo a aceptar una posición de odio nacional; Corral era el representante suyo y de los "científicos," a quien el César estaba revolcando en el muladar de una política excepcional-

mente ruín y estrafalaria; pero el señor Limantour, como siempre, envuelto en su egoísmo de granito, encontraba los acontecimientos felices, porque al fin se había conseguido lo que él deseaba, que la Vicepresidencia no fuese ocupada por Dehesa siempre Dehesa! El odio a Dehesa, será la escoria que rellene a alta presión la vida, ya perniciosa para la patria, del señor Limantour.

Personalmente, tengo el inalienable derecho de no creer, salvo raras excepciones, en el patriotismo de los consagrados al servicio directo de la patria, y de ningún modo en el de un dictador; todos ellos son patriotas, cuando su ambición necesita del potaje del patriotismo, y de no ser así, el patriotismo es para ellos tan despreciable y aun odioso, como el más terrible conspirador contra su poder. Ya indiqué que la ética de un omnipotente, es la bondad del crimen, si conviene a su ambición, y que en un demiurgo, lo bueno y lo malo, es lo sabroso o repugnante a su soberbia y sostenida megalomanía. Ese modo de ser, común a todos los fabricantes, regeneradores y protectores de naciones, no puede pasar por justo reproche al general Díaz, quien debía poseer los vicios tremendos especiales de la distinguida profesión.

Tampoco me emociona ni sorprende su delicuencia mental; si me arrincona en la estupefacción, descubrir que desde 1904, la degeneración del Príncipe le había hecho perder hasta el instinto de conservación, que solamente pierden, en apariencia, ciertos animales, como el gallo al acometer, y el caballo brioso atacado por el pánico. Ningún animal anciano pierde el instinto de conservación, excepto el hombre, cuando el vicio ha deteriorado las glándulas que rigen tan precioso instinto.

El general Díaz, al colocar en la Vicepresidencia de la República a don Ramón Corral, procuró en 1904 satanizarlo, degradarlo, empequeñecerlo, hacerlo débil y despreciable hasta lo imposible; en vez de prestigiarlo, recomendarlo al país, acrecerlo con paternales

distinciones; rodearlo de los mejores elementos del poder, agobiarlo con la exageración de sus cuidados para hacerlo popular, bendecirlo en público con melosidad patriarcal, hacerle bombo de buena ley con su prensa, fundarle nuevos periódicos de propaganda arrebatadora; hacerlo hombre de arrastre, poner en la Secretaría de Guerra al general don Luis Torres, su gemelo político; hacer que los Secretarios de Estado y gobernadores, se habituasen a respetarlo; coronarlo de laureles por medio de los poetas del Imperio, inocularle la sangre de los gigantes, refinarlo como estadista, perfumarlo con adulaciones de alta literatura palacial; en una palabra, prepararlo para que al recibir la fabulosa herencia del demiurgo, pudiera sostenerla apoyado por la simpatía nacional.

Esa política de masticar a Corral, para convertirlo en papilla infecta por la apachería mental, tenía que conducir precisamente a la anarquía; porque si el pueblo hubiera estado apto para la democracia, no necesitaba de preparaciones de hombres, ni de testamentos políticos deshonrosos, fatídicos y melancólicos, pero menos necesitaba de la séptima reelección presidencial. Si el pueblo no estaba apto para la democracia, necesitaba de un dictador orgánico, que sólo puede formarlo una anarquía, cuando el César no sabe, no puede o no quiere crearlo, buscando el éxito de Augusto preparando a Tiberio, y de Nerva a Trajano. Convengo que al Caudillo le importara poco Corral, la anarquía, la patria, el señor Limantour y el Cosmos, porque sin duda la sangre de los Díaz era de la misma calidad que la sangre de los Bonaparte, de los Guzmán Blanco, de los Zelaya, de los Borgia y de los Gómez, de Venezuela, pero el país debió haber hablado como hablan los esclavos una vez por siglo.

Lo estupefaciente, capaz de obligar a escupir en el libatorio de las pitonisas, era que, al desarmar completamente a Corral el general Díaz, pretendiendo deshuesarlo, hiciera poderoso al general Reyes su odiado enemigo, que a toda luz trabajaba por la ruina

del demiurgo. Y el general Díaz, sabía que lo odiaba el general Reyes, y sin embargo, era a ese enemigo al que le brindaba todos los elementos del poder. Al llenar el general Díaz las Cámaras, la Suprema Corte Federal, la Secretaría de Guerra y de Relaciones, el ochenta por ciento del gobierno de los Estados, todo con reyistas; al organizarle a su feroz enemigo una prensa satanizante para Corral y divinizante para Reyes; al educarle a Corral un ejército adverso; en una palabra, al fincar el poder en los más decididos y atroces adversarios de Corral, preparaba a Reyes para que lo derrocara, sin saber que todo se lo estaba cediendo al más temible e intransigente de sus enemigos. ¡Siniestra demencia!

¿Ignoraba en 1904, esa infortunada sombra de su propia persona, que todos los enemigos de los "científicos," sin excepción, eran reyistas que no lo ocultaban más que delante de él? Ya he señalado que los reyistas, los dehesistas, los opositores, los independientes, los porfiristas incondicionales, eran los *mismos*, los mismos, los incondicionalmente mismos, como lo dijo sin cesar "El Imparcial." Y esos mismos, fuera de un pequeño número de personas de posición, aturdidas o despechadas, no eran más que el proletariado intelectual, que al fin y al cabo, lo había de vencer y aplastar, como había vencido y aplastado a todos los Presidentes, como correspondía a su prerrogativa de ser el dueño de estos pobres países latinoamericanos. Al general Díaz no lo derribó el pueblo, porque ya cuando una parte se levantó, el demiurgo estaba tirado retorciéndose en el lecho de sus desaciertos. Quienes lo tiraron, fueron Diódoro Batalla, Heriberto Barrón, Heriberto Frías, Juan Sarabia, Filomeno Mata.

El general Díaz, sin que yo me permita identificarlo con Napoleón I, tuvo la lacra de todos los demiurgos. Taine, citando a Pradt, dice: "El emperador (Napoleón) es todo sistema, todo ilusión, como no se puede dejar de ser cuando uno es todo imaginación. Quien ha querido seguir su evolución, lo ha visto crearse una Espa-

ña imaginaria, un catolicismo imaginario, una Inglaterra imaginaria, una finanza imaginaria, una nobleza imaginaria, más todavía, una Francia imaginaria, y, en estos últimos tiempos, un congreso internacional imaginario.”

El general Díaz, llegó a ver un Reyes imaginario, un Limantour imaginario, unos “científicos” imaginarios, un ejército imaginario, un pueblo mexicano imaginario, un Madero imaginario; y lo que fué peor, un proletariado intelectual imaginario. Ello creía su basura, lo estuvo pisando muchos años, le llamaba “caballada;” y ese proletariado intelectual lo embaucó, lo fascinó, lo sugestionó, le hizo ver todo imaginario, y cuando lo juzgó ya imbécil, ese proletariado levantó las patas y lo untó en los huaraches del peladaje zapatista.
